

## INUTIL EMPEÑO



S honroso asentir a la verdad. Lo es también saber mantener una actitud francamente indiferente en presencia de afirmaciones que carecen de la base más o menos sólida de una prueba.

Lograr lo primero no es ciertamente difícil, poseyendo un espíritu recto; lograr lo último es menos fácil. La debi-

lidad moral, rasgo saliente en todo ignorante, deja arrancar bien pronto en éste un sincero asentimiento. Merced a esta predisposición, que existe en la mayoría de los hombres, yá que entre éstos es incontable el número de necios, la osadía de los menos consigue imponer su opinión. Cabalmente, constituye este defecto la razón principalísima de que formen eco en ciertos espíritus enfermizos ideas lanzadas al desgaire, las cuales, si tienen mucho de atractivas por la novedad, adolecen las más veces de fundamento poco razonable en que descansen su evidencia.

En la prensa no es infrecuente tropezar con afirmaciones de este carácter. No ha mucho, leyendo cierto periódico local, veíase uno en la necesidad de tener que experimentar una sensación de desagrado, debido precisamente a que una cuestión, nunca de escasa importancia, zanjábase allí con la fuerza única de gratuitas aseveraciones.

Es la eterna cantinela de los amantes del error. En el fondo, jamás son nuevos los ataques contra la verdad. Esta vez háse aprovechado nada más una oportunidad excepcional para derramar sombras sobre la luz.

La atención de los oyentes no logra rayar en "profundo arrobamiento" sino en el momento de finir un espléndido banquete. El orador, por su parte, jamás se siente trasportado en alas de inspiración más elevada como al chocar las copas en alegre y animado brindis. Coyuntura semejante augura por resultado positivo un efecto colosalmente sensacional.

He ahí la excelente ocasión que no ha querido desperdiciar nuestro adversario, a trueque de poner en desorden las cosas. Por el momento lo esencial para él era el triunfo. No ha omitido expresarse en forma categórica, según táctica invariable entre los adictos del sofisma. Para dar el golpe definitivo importaba mucho un tema "trascendentalísimo".

En el discurso quiérese poner en la balanza de un juicio sereno el asunto que más vivamente puede interesar a todo hombre. La idea capital, base de una final e inapelable decisión, quizás no es perfectamente comprendida, pero, en cambio,

repítese ahora peor que la expusieran sus mismos autores, hace ya muchos años. No es posible, viene a decir en síntesis, señalar una fórmula que exprese adecuadamente el concepto cabal que hayamos de tener respecto de ese cúmulo de verdades que los católicos creen ver encerradas en la palabra RELIGIÓN: "La religión es algo muy íntimo y por lo mismo, incomprendido".

Es realmente una lástima que los esfuerzos desplegados en pro de una causa no sean siempre coronados con el éxito. De otra suerte, también el autor que ha motivado estas líneas, hubiérase hecho acreedor a la incondicional aquiescencia de sus lectores. Con todo, es muy cierto que rara vez promete resonados triunfos la enojosa tarea de implantar nuevas doctrinas en abierta discrepancia con las verdades tradicionales. En este caso, como en otros análogos, es más amable la apacible luz de la verdad poseída, que la exuberancia abrumadora de pensamientos extraños, concebidos en confusión, expresados en frases aparatosas y equívocas, y que engendran, como es lógico, nieblas más o menos densas en los entendimientos y justo desdén en las voluntades bien dispuestas.

Entre abrazar la luz o la confusión, queda siempre el recurso nobilísimo de inclinarse por la primera. Entre asignar a lo que llamamos RELIGIÓN una naturaleza fantástica e incomprendible, o precisar ésta, independientemente de tal o cuál apreciación individual, en conformidad, ni más ni menos, con la noción tradicional, basada exactamente en principios racionales y garantizada por el fallo unánime del consentimiento humano, es preferible atenerse a lo último. Está ésta determinación muy en armonía con la manera de proceder de una inteligencia recta.

Es inútil empeñarse en despojar a la verdad del dominio que debe ejercer sobre los hombres. La religión, afirmese lo que se quiera, no es algo tan íntimo que por lo mismo, sea incomprendido. Al oír esa palabra consagrada por los siglos, todos entendemos de qué se habla, porque responde a sentimientos que todos abrigamos. Los pueblos de edades pretéritas, como los actuales, los hombres de ayer, como los de hoy, conocieron sin realizar grandes esfuerzos la ansiedad que sentían vivamente sus espíritus y que sólo lograba satisfacerse y calmarse con las prácticas que la religión exige.

Religión, en su acepción más amplia, significa la comunicación o relación entre Dios y la humanidad. Es la idea que siempre ha prevalecido. Y esa relación ha de revestir precisamente carácter de piadosa, yá que la religión tiene estrecha analogía con la piedad. Merced a ésta tri-

(Viene de la pag. anterior).

quería, y bellaquería insigne. Entre los unos y los otros media un abismo infinito, como entre obras que son de Dios la una, del hombre la otra.

Termino, señores "rizólatras", asegurando a sus mercedes que si no se enmiendan de sus comparaciones y discursos blasfemos, no habrá más remedio que empuñar la

vara del verdadero patriotismo e ir midiendo, sin compasión, las espaldas de los mercachifles del nombre glorioso de Rizal y Mercado.

Con que a enmendarse tocan y a no hacer el ridículo, que sus "bellaquerías y blasfemias" pudieran resultar pedasadas.

Soy de sus mercedes.

ROMA-NONES.

butamos el honor debido a nuestros padres y, gracias a aquella, depositamos en presencia de Dios, padre y autor de todo, los honores y respetos que nos incumbe ofrecerle, como hijos. Por algo los que desdennan las cosas atañentes al culto divino, sean éstas cuales fueren, dogmas o sacramentos, sacerdotes o ceremonias, son señalados sin compasión de ningún género con el estigma ignominioso de IMPÍOS.

Estamos muy lejos de decir con ésto que haya sido en un todo unánime la opinión que expusieron los filósofos sobre el concepto de la religión. Si en la presente ocasión, usando de una libertad sin límites, se ha llegado a negar todo conocimiento de la misma, compréndese fácilmente que pudieran ellos con mayor razón expresar sus respectivos pareceres, sobre la base de un posible conocimiento.

En realidad, se han emitido diversos juicios sobre el concepto de religión. Alguien concibió a ésta "como un sentido vago e indefinido del alma"; otro, como "la devoción o el culto de los particulares a toda la humanidad"; y un tercero, "como el sentido de la dependencia del hombre del infinito". Herbert Spencer la conceptuó como "un deseo que nace en el hombre en consideración a que la existencia del mundo es para todos un misterio que pide su revelación". Schelling, de conformidad con su sistema filosófico, llámala "la intuición intelectual del absoluto". Stuart Mill, por su parte, la define: "la íntima dirección de afectos y votos hacia el objeto ideal, hacia la suma perfección colocada más allá de los fines egoístas".

Pero, en todas estas concepciones, que difieren en detalles meramente accidentales, descúbrese fácilmente un fondo idéntico que constituye la esencia de la religión. Sin tener que "comenzar por combatir y vencer al prejuicio", el testimonio de la interna experiencia propia nos dice que la religión es algo psicológica y moralmente ne-

cesario en el hombre. Es un deber que ha de llenar éste, como criatura, en relación a Dios, como Creador, y es al propio tiempo una exigencia natural del alma humana que le impulsa hacia la felicidad: es la obligación de rendir culto a Dios, y es la tendencia hacia el conocimiento y amor del Ser infinito.

Mirada la religión desde el punto de vista expuesto, no dudamos en creer que la opinión de nuestro adversario sea idéntica a la nuestra. Los padres de las doctrinas que él vende no estimaron conveniente adoptar diferente parecer sobre el particular. Evidentemente, el error tiene mayores garantías de éxito en tergiversar y adulterar solapadamente la recta significación de las palabras, que en prescindir de ellas por completo. Sus prosélitos no dejan de llamar religión a la inclinación que siente el hombre en la voluntad en orden a rendir justo homenaje al Ser Supremo, pero al amparo de esa palabra, con maliciosa intención empleada por ellos, siembran descaradamente en las inteligencias de los ignorantes ideas peregrinas, desprovistas siempre de verdad.

Es la conducta observada hoy por el orador de sobre mesa. Estamos persuadidos de ello. Su hostilidad contra la religión es franca, agresiva, implacable. Pero esta palabra en sus labios significa el conjunto de verdades y de actos, internos y externos, mediante los cuales el hombre debe dar testimonio de la excelencia inmensamente elevada de Dios, y ofrecerle con sumisión y reverencia el honor y vasallaje que reclama su dominio soberano. Es la Iglesia fundada por Jesucristo, legítima depositaria de la religión revelada, el blanco de sus supremos, desesperados ataques. ¡Lástima que haya creído innecesaria toda prueba para hacer razonable su actitud! En otro caso, temeríamos afirmar hoy que en vano pretende sacudir el yugo del deber que la religión impone.

LOZANOG.

## ¡SIEMPRE TENACES!



A palma, en sus fundamentos,  
más se arraiga y consolida,  
cuanto más es combatida  
por huracanados vientos.

En todos los campamentos  
bien provistos, cuya vida  
es lucha muy sostenida,  
no cunden los desalientos.

Con diabólica pujanza  
nos impugna la impiedad:  
mas crece nuestra esperanza,  
propugnando la VERDAD,  
con la perenne maestranza  
del AMOR y CARIDAD.

UN FILIPINO.

©©©© Anúnciese en **Estudio** ©©©©